

LA OBSESIÓN DE  
**MADDY  
CLARE**



*La obsesión de Maddy Clares*

Título original: *The Haunting of Maddy Clare*

© Simone St James, 2012

© de la traducción: Emilio Vadillo

© de esta edición: Libros de Seda, S. L.  
Estación de Chamartín s/n, 1ª planta  
28036 Madrid  
[www.librosdeseda.com](http://www.librosdeseda.com)  
[www.facebook.com/librosdeseda](http://www.facebook.com/librosdeseda)  
[@librosdeseda](https://www.instagram.com/librosdeseda)  
[info@librosdeseda.com](mailto:info@librosdeseda.com)

Diseño de cubierta: © Mario Arturo

Maquetación: Rasgo Audaz, Sdad. Coop.

Imágenes de cubierta: ©Collaboration JS/Arcangel Images (pareja);

©Lee Avison/Arcangel Images (puente);

©Malyugin/Shutterstock (cara de fondo)

Primera edición: enero de 2020

Depósito legal: M-000000-2020

ISBN: 978-84-17626-03-7

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO ([www.cedro.org](http://www.cedro.org)).

SIMONE ST. JAMES

LA OBSESIÓN DE

MADDY  
CLARE



Libros de  
*seda*



## CAPÍTULO I

*Londres, 1922*

**E**l día que conocí al señor Gellis había estado paseando bajo la lluvia.

Por la mañana, incapaz de enfrentarme a otro día sola en mi apartamento, me metí de lleno en el bullicio de Piccadilly, con el cuello del fino abrigo que llevaba bien subido tapándome la garganta. El aire removía unas ligerísimas gotas algodonosas que no terminaban de caer al suelo, pero que me mojaban las mejillas y las pestañas. Las luces de la plaza relucían estridentes, en contraste con las nubes bajas y grises, y el ruido de las conversaciones de los turistas se imponía al adusto silencio de los hombres de negocios y a los murmullos de las pocas parejas de la localidad que había en la plaza.

Permanecí allí todo el tiempo que pude, observando el movimiento de los paraguas. Nadie se fijó en una chica pálida, con el pelo cortísimo bajo un sombrero pasado de moda y las manos metidas en los bolsillos. En un momento dado, la niebla húmeda se convirtió en lluvia de verdad y hasta yo tuve que encaminarme a casa, aunque sin las más mínimas ganas de hacerlo.

Aunque solo era mediodía, el cielo estaba oscuro y crepuscular cuando abrí la cancela y me apresuré a entrar en la pequeña y descuidada pensión. Subí los estrechos escalones hasta mi

habitación, estremeciéndome debido a que la fría humedad me había calado las medias y me mojaba las piernas. Estaba rebuscando con los dedos helados para encontrar la llave, pensando casi desesperadamente en tomarme cuanto antes una taza de té caliente, cuando la casera me avisó desde abajo, informándome de que me llamaban por teléfono.

Me di la vuelta y volví a bajar las escaleras. Seguro que sería de la agencia de trabajo temporal, pues eran los únicos que sabían que me había mudado allí. Llevaba casi un año trabajando para ellos, y durante ese tiempo me habían mandado a diversos sitios para responder llamadas o transcribir escritos, siempre en oficinas lóbregas y de techos bajos. No obstante, en las últimas semanas no había surgido ningún trabajo, y ya apenas me quedaban fondos. La verdad es que había tenido suerte: si la lluvia hubiera empezado cinco minutos después, no hubiera podido atender la llamada.

El único teléfono de la casa estaba en un pequeño estante del pasillo del primer piso, con el auricular descolgado en la posición en que lo había dejado la casera. Al llegar pude oír el eco de una voz impaciente que llegaba del otro lado de la línea.

—¿Sarah Piper? —logré entender al fin, una vez que me coloqué el auricular en la oreja. Era una voz femenina, algo chillona—. Sarah Piper, ¿está usted ahí?

—Sí, aquí estoy —dije—. No cuelgue, por favor.

Tal como sospechaba, era de la agencia. La chica parecía aturullada e impaciente mientras me explicaba cuál era el trabajo que había surgido.

—Es un escritor —me dijo—. Está trabajando en un libro acerca de algo, no sé exactamente qué, y necesita ayuda. Quiere ver a alguien hoy mismo. Y que sea una mujer.

Suspiré al imaginarme a un hombre gordo y sudoroso al que le apetecía ver a unas cuantas chicas jóvenes entre las que escoger. Esto no era lo normal, pues siempre me llamaban para empezar a trabajar de inmediato en una oficina, no para hacer entrevistas personales.

—¿Es un cliente habitual?

—No. Es nuevo. Quiere entrevistar a alguien esta misma tarde. Me mordí el labio al tiempo que sentía cierto malestar en el estómago. Las empleadas jóvenes eran presas fáciles para hombres con intenciones aviesas, pues había que pasar por el aro si no querías que te despidieran.

—¿En su oficina?

Bufó con impaciencia.

—En un café. Dejó muy claro que quería que fuera en un lugar público. ¿Irás?

—Pues no lo sé, la verdad —contesté.

—Mira... —espetó con cierta aspereza en el tono—. Puedo llamar a otras chicas. Decídetes. ¿Vas a ir o no?

¿Quedar con un hombre en una cafetería, sola? Pero también era cierto que debía ya dos semanas del alquiler en esta pensión de mala muerte.

—Dímelo en serio, por favor —casi supliqué—. ¿No será que está buscando otro tipo de... servicios?

—¿Qué puedes perder yendo y juzgándolo tú misma? —repliqué—. Si no te gusta lo que ves, le doy el número de otra y ya está.

Miré por la ventana. Ahora llovía mucho. Imaginé a la chica que estaba al otro lado de la línea, aburrida, chillona y sin ningún temor. Seguro que una joven como ella no se lo pensaría dos veces. Solo las chicas como yo dudábamos, nos costaba salir con nuestra única ropa presentable a encontrarnos con personas desconocidas en lugares desconocidos. Dudábamos respecto de todo.

Respiré hondo. Podía volver a mi habitación, pequeña y húmeda, sentarme junto a la ventana para ponerme a pensar y a beber una taza de té detrás de otra. O podía salir y caminar bajo la lluvia para encontrarme con un extraño.

—Allí estaré —dije por fin.

Me dio la dirección y colgó. Me quedé de pie solo un momento junto al estante del teléfono, oyendo distraídamente el repiqueteo

del agua sobre los cristales y el sonido de una risa áspera procedente de una de las habitaciones cercanas. Y después volví a salir a la calle.



—Supongo que prácticamente no le habrán explicado nada —dijo el joven que estaba al otro lado de la mesa al tiempo que se servía una taza de té—. Es porque yo apenas he dado detalles, los mínimos posibles.

No era como yo me lo había imaginado, en absoluto. Joven, más o menos de mi misma edad, unos veinticinco años. El pelo, rubio oscuro, no lo llevaba peinado hacia abajo y engominado, como era la moda, sino hacia atrás, algo descuidado y alborotado por el viento, como si se lo hubiera peinado por la mañana y se hubiera olvidado de él. Se podía apreciar una inteligencia rápida en el brillo de los ojos grises, el gesto atento y precavido y los movimientos, siempre elocuentes, de las manos. La cafetería en la que me había citado estaba en el Soho, y la atmósfera bohemia del establecimiento cuadraba perfectamente con su estilo personal: jersey de lana suave y de calidad, color verde oliva, encima de una camisa desabotonada en la zona baja del cuello. El lugar, adornado con cuadros poco convencionales y servido por camareras delgadas y silenciosas, le iba como anillo al dedo.

La que no pegaba nada allí era yo. No iba nunca al Soho. Se trataba de un barrio demasiado agreste y moderno para mí. Sin embargo, el café que estaba tomando era delicioso, y la sonrisa del señor Gellis me tenía fascinada, así que dejé de preocuparme, estiré los pies dentro de los zapatos, baratos por supuesto, y le devolví la sonrisa lo mejor que pude.

—Pues no mucho, tiene usted razón —contesté, afirmando con la cabeza para mostrar mi acuerdo—. Solo mencionaron que era usted escritor.





—Espero que no se haya hecho demasiadas ilusiones —dijo riendo—. No escribo libros escabrosos ni nada parecido. Solo publicaciones académicas bastante aburridas.

—No leo libros escabrosos.

—Pues entonces mejor, así no quedará defraudada —indicó, al tiempo que dejaba caer un terrón de azúcar en el café—. Una dama que no lee libros escabrosos... Se trata de un comienzo prometedor. Pedí que me mandaran a alguien inteligente.

Pestañeeé sin poderlo evitar. ¿De verdad pensaban en la agencia que yo era inteligente? ¡Mira que lo dudaba! Más bien me habrían llamado porque estaba disponible en ese momento. No obstante, el cumplido me agradó. Me quité el gorro y me pasé la mano por el cortísimo pelo, que se me empezaba a rizar con la humedad.

—¿Necesita usted una secretaria? Puedo transcribir lo que me dicte, y deprisa.

Se echó hacia atrás en la silla.

—Sería algo parecido a eso —contestó, tamborileando los dedos sobre la mesa y mirando por la ventana, como si estuviera pensando. Miré su perfil, amable y de aspecto sincero, y empecé a sentir cierto placer al hacerlo. La verdad es que transmitía tranquilidad, y me alegré de haber acudido a la cita.

El señor Gellis volvió a tamborilear los dedos sobre la mesa y se volvió hacia mí. Parecía como si estuviera siempre bullendo de actividad, y que sus pensamientos no le permitieran estarse quieto.

—Tengo que confesarle que no estoy del todo seguro acerca de cómo enfocar esto. Lo que tengo que decirle puede sonar un tanto extraño.

Una parte de la alegría que estaba empezando a sentir se esfumó.

—¿Extraño?

—Tengo mis razones para haber quedado con usted en un lugar público —continuó—. Necesito específicamente que sea

una mujer la que me ayude, y no quería que se sintiera incómoda cuando le planteara algo que... podría asustarla.

—¿Cómo dice? —Me había quedado completamente asombrada.

—¡Lo siento mucho! —se excusó, al tiempo que se sonrojaba intensamente—. Creo que mis palabras han dado lugar a un malentendido. Lo cierto es que no me relaciono mucho socialmente, ¿sabe?, y no me manejo bien a la hora de explicarme. —Suspiró—. Le paso unas notas que, seguramente, explicarán las cosas mejor que mis palabras.

Sacó un cuaderno de notas bastante voluminoso de una bolsa de cuero que había colocado colgando del respaldo de la silla y me lo pasó. El cuaderno estaba muy usado, y absolutamente lleno de anotaciones. Vi que había esquinas dobladas, notitas y páginas sueltas pegadas, etcétera.

Lo abrí por la primera página, en la que había un recorte de periódico informando acerca de una casa embrujada de Newcombe. En los márgenes del artículo también había notas escritas a mano y perfectamente legibles. Pasé a la segunda página, que también estaba llena de notas. La letra era cuidadosa, nítida, redonda y masculina.

Leí las notas durante un buen rato y después alcé la cabeza.

—Esto es...

—Sí.

—La descripción de un fantasma por parte de un testigo.

—Exacto.

Noté su mirada físicamente mientras abría páginas casi al azar. Era un cuaderno lleno de notas sobre apariciones de fantasmas, una detrás de otra.

—Entonces, ¿usted se dedica a investigar... fantasmas?

—Documento apariciones —confirmó, pasándose la mano por el pelo—. Bueno, tengo que preguntarle hasta qué punto conoce o sabe acerca de esto. Yo estoy tan acostumbrado a ello que ya ni me afecta. Pero así, dicho en voz alta, suena raro, ¿verdad?

—Metió la mano otra vez en la bolsa y me pasó otra cosa, un libro esta vez, bastante delgado. Lo agarré y leí el título.

El título era *Relación de casas embrujadas de la zona norte de Inglaterra*, y su autor Alistair Gellis. Miré al señor Gellis, que a su vez miraba hacia abajo con expresión modesta mientras removía el té con la cucharilla.

—Me ha dicho que escribía aburridas publicaciones académicas —espeté en tono acusatorio.

—Es lo que procuro, de verdad —contestó, encogiéndose de hombros—. Viajo a lugares supuestamente embrujados para intentar comprobar la veracidad de lo que se afirma acerca de ellos. Utilizo tecnología para documentar y verificar los hechos, o para refutarlos, según proceda. Después escribo mis conclusiones y las convierto en libros llenos de citas y de notas al pie. Intento que mis libros sean lo más escuetos y... sí, lo más aburridos posible. Sin florituras.

El asunto me sobrepasaba.

—¿Usted cree en esto? ¿De verdad? —La pregunta me salió sin pensar.

Frunció el ceño, y deseé haberme tragado las palabras. ¡Pues claro que creía en fantasmas! Si no, no escribiría sobre ellos.

—En realidad, no se trata de creer o no —dijo tranquilamente—. Solo creo lo que veo.

—Pero seguramente muchos de estos casos son fraudes, ¿no? Torció mínimamente la boca.

—Sí, hay fraudes. Muchos, en realidad. Los fraudes también aparecen en los libros. Pero algunos otros casos... —Se interrumpió un momento y volvió a encogerse de hombros—. ¿Qué puedo decir? Algunos no lo son, ni más ni menos.

Puse el libro encima de la mesa. No me cabía duda de que era el trabajo temporal más extraño de todos los tiempos que se hubiera encargado a una chica. Y no sabía qué hacer. El señor Gellis era joven, parecía tener buena formación intelectual y también ser algo excéntrico. Un tipo de persona que podía ser presa de los

charlatanes, o al menos eso pensé. No se me escapó el detalle de que las prendas que vestía, pese a que no llamaban mucho la atención, y quizá precisamente debido a ello, eran probablemente las más caras de toda la cafetería. Seguramente sería un imán para los estafadores.

—Piensa usted que estoy loco. —Cuando alcé la vista, estaba sonriendo, entre divertido y algo triste—. Puede decirlo, cree que soy un chiflado. Es lo que opinan de mí la mayoría de las mujeres.

—¡No! —contesté de inmediato, en tono de protesta—. No, en serio.

—Entonces un mentiroso.

Me dejó conmocionada.

—¡Tampoco! Por supuesto que no.

—Entiendo. Lo único que ocurre es que, simplemente, no cree en fantasmas.

—Yo no... —negué con la cabeza—. No lo sé. Nunca he pensado en ello. No sé muy bien en lo que creo. —Respiré con cierta fuerza y pasé el dedo índice por el borde del libro que había dejado sobre la mesa, mientras intentaba dar forma a lo que quería decir—. La verdad es que no tengo una opinión formada acerca de los fantasmas. Supongo que en quien no creo es en la gente.

—Es usted una chica bastante poco corriente —dijo.

Lo miré sorprendida. El señor Gellis dio un sorbo a su té, sin dejar de mirarme por encima del borde de la taza. Hablé para intentar superar lo confundida que estaba.

—Por lo que respecta a... eh... el trabajo. Me imagino que necesita a alguien que organice sus notas, ¿no es así?

—Sí, sí. —Dejó la taza sobre la mesa y se inclinó un poco hacia delante—. Tengo un asistente. Recoge mis notas y lo tiene todo muy bien organizado. El cuaderno que le he enseñado es fruto de su trabajo.

Señaló el voluminoso cuaderno que estaba en la mesa, junto al libro, y yo me imaginé inmediatamente a un hombre con gafas

poniendo en orden, con letra precisa y clara y de forma absolutamente meticulosa, el aluvión de notas escritas por el señor Gellis.

—Se llama Matthew Ryder —continuó el señor Gellis—. Pero se ha tenido que marchar a visitar a su hermana, que ha tenido un bebé. Normalmente no necesitaría sustituirle, pero me he dado cuenta de que esta semana sí que debo hacerlo.

Asentí. Tomar notas, organizarlas, etc. Eso era sencillo

—Pues creo que sí que puedo ayudarle —dije.

Levantó la mano derecha con el dedo índice bien extendido.

—Bueno, aún no he terminado. No diga que sí todavía. Me ha dicho que no tiene ninguna opinión acerca de la existencia de los fantasmas.

—Le puedo asegurar que nunca he visto un fantasma —reconocí.

Su sonrisa era como el sol que se abre paso entre las nubes.

—Pues entonces tiene suerte. Porque esta semana va usted a ver uno. Por encargo mío.



## CAPÍTULO 2

**E**n la mesa de al lado alguien se rio de repente y con fuerza, pero apenas me di cuenta, ya que me había quedado mirando al señor Gellis con la boca abierta.

—¿Quiere usted que vea un fantasma?

—Pues sí, o al menos eso espero —replicó, como si estuviéramos hablando de cuestiones triviales, del día a día—. Al menos si la pista que estoy siguiendo ahora es auténtica. Y llevo haciendo esto el tiempo suficiente como para pensar que sí que lo es.

Se me hizo un nudo en el estómago, frío y duro. Se acercó una camarera y el señor Gellis pidió otra taza de té. Cuando la chica se volvió hacia mí, negué con la cabeza algo avergonzada, pues no habíamos hablado acerca de quién pagaría las consumiciones, y no tenía dinero suficiente para otra taza de café, aunque la verdad era que me apetecía.

—No le entiendo —dije, una vez que se hubo marchado la camarera.

—Pues permítame que se lo explique. —El señor Gellis se frotó las manos y le brillaron los ojos de puro entusiasmo—. Supongo que no está al tanto de cuáles son los fantasmas más famosos de Inglaterra.

Obviamente, negué con la cabeza.

—No, claro que no. Como puede ver, aquí he documentado muchos de ellos. En Inglaterra hay montones de fantasmas,

pero hay varias personas que investigan y escriben libros como el mío, y tendemos a cubrir los mismos ámbitos. Es inevitable. El verdadero reto es conseguir algo nuevo, una aparición absolutamente inédita y desconocida, sobre la que nadie haya escrito antes. Y, precisamente esta semana, la del viaje de mi asistente, he logrado encontrarlo. —Dio un largo trago a su té y se bebió casi la mitad de la taza. Me di cuenta de que estaba entusiasmado de verdad—. Hace unos días un vicario se puso en contacto conmigo. Había estado viviendo en un pueblecito llamado Waringstoke, donde una familia local le pidió que intentara realizar un exorcismo. Eso fue hace unos meses. El exorcismo resultó ser un fracaso rotundo. No solo falló a la hora de expulsar al supuesto fantasma, sino que, según el propio vicario, este hasta lo atacó físicamente. ¡Un ataque físico, señorita Piper! ¡Es algo absolutamente extraordinario!

Era la primera vez que pronunciaba mi apellido, y bajé la mirada, algo avergonzada por haberme dado cuenta.

—¿Qué clase de ataque físico? —pregunté.

—Pues sobre todo le arrojó objetos. Objetos pesados, quiero decir. Me dijo que notó la perturbación de forma casi inmediata, y la describió como un sentimiento de ira. Dijo que era la primera vez que notaba y veía eso en toda su vida, y que esperaba no tener que volver a experimentarlo nunca más.

—¿Y por qué se puso en contacto con usted?

—Bueno, yo ofrezco dinero a cambio de informaciones, por supuesto.

Volví a mirar hacia arriba. El señor Gellis hizo un gesto con la mano quitándole importancia al asunto, y me di cuenta de que era una de esas personas ricas por casa, y que le costaba tan poco y estaba tan acostumbrado a tener dinero que no le daba la menor importancia.

—Eso no viene al caso. La experiencia vivida le puso tan nervioso que se mudó a otro sitio y empezó de nuevo. Aún tiene pesadillas. He visto muchos mentirosos en mi vida, pero él no



es uno de ellos. Inmediatamente escribí a la familia que vive en la casa y les pedí permiso para ir. Aceptaron, pero poniendo dos condiciones.

—¿Y cuáles son?

—Primera, que hagamos lo que podamos para ponernos en contacto con el espíritu, se trate de lo que se trate, y logremos que se vaya. No soy sacerdote, pero ya me han pedido hacer este tipo de cosas en alguna ocasión, y puedo comprometerme a intentarlo. Y la segunda... —Se inclinó hacia mí, y pude ver de cerca las negras pestañas que rodeaban sus ojos, y la piel de la barbilla, tan bien afeitada que relucía—. Al parecer, a toro pasado, la familia cree que fue un error llamar al vicario. Y es que les parece que al fantasma no le gustan los hombres. Así que solo permitirán que lo vea una mujer.

Me quedé mirándole otra vez con la boca entreabierta. Se terminó el té y miró por la ventana.

—Ha dejado de llover. Quizá podríamos dar un paseo, y así le explicaría el resto de la historia.



Sí que había dejado de llover, pero conforme avanzábamos por la calle Berwick el suelo seguía estando sucio y difícilmente transitable. Casi era la hora de la cena, y las caras de la mayoría de las personas con las que nos cruzábamos parecían ojerosas y apresuradas, como si la lluvia se hubiera llevado el color de sus rostros. El señor Gellis fue quien pagó la cuenta completa en la cafetería, dejando las monedas en el mostrador sin siquiera contarlas. Ahora llevaba las manos en los bolsillos del abrigo, y siguió con su relato.

—El fantasma de Waringstoke es una mujer —explicó—. Al parecer era una sirvienta joven que trabajaba para la familia. Se ahorcó en el granero cuando tenía diecinueve años.

—¡Qué triste!

—Sí. Según el vicario era una chica un tanto rara; al parecer la cabeza no le funcionaba del todo bien. Apenas salía de la casa. La señora Clare, que es la dueña, me contó que la chica tenía miedo de los hombres, y que se sentía muy incómoda en su presencia. No se le ocurrió pensar que al fantasma de la chica le fuera a pasar lo mismo. ¿Quién podría ser capaz de predecir tal cosa? En cualquier caso, no piensa permitir la presencia de ningún hombre más en el granero, que es donde se encuentra la aparición. Es absolutamente inflexible al respecto. Y si quiero documentarlo antes que nadie, tengo que aceptar esa condición.

—Esto es algo completamente nuevo para mí —dije—. Pero igual usted se enfrenta cada dos por tres a este tipo de situaciones.

—No, en absoluto. Es una auténtica locura. La señora Clare podría estar mintiendo, o podría ser ella, y no su antigua criada, la que estuviera mal de la cabeza. Pero el fantasma está en una propiedad privada, y tengo que estudiarlo. ¿Qué le voy a hacer? Solo puedo aceptar sus condiciones.

—Y ahí entro yo —dije, mordiéndome el labio.

—Supongo que es desalentador, sí.

—¿Y qué pasa si...? —Me sentí rara por el solo hecho de empezar a pronunciar la frase, cómo si la preocupación por el comportamiento de un fantasma fuera un asunto de la vida diaria—. ¿Qué pasa si me ataca a mí, lo mismo que atacó al vicario? ¿Y si corro peligro?

Frunció el ceño y se pasó la mano por el pelo.

—Pues... me temo que no tengo una respuesta adecuada para eso. ¿Tiene miedo de que le arroje cosas?

—Pues... no lo sé. La verdad es que suena absurdo tener miedo de que me tiren cosas. Pero... ¿y si intentara hacerme daño de verdad?

—No es probable que corra verdadero peligro. —Miraba hacia el suelo mientras caminaba, pensando, muy concentrado—. Todo apunta a que lo que sufrió el vicario fue más un

estallido de mal humor que un verdadero ataque. Ya he visto otras veces espíritus que se comportan de esa manera. Se parecen más a una especie de explosiones de energía que a verdadera mala intención. —Se encogió de hombros al tiempo que seguía andando con tranquilidad y me miró—. No obstante, la verdad es que no estoy en condiciones de garantizar nada. Después de todo, son fenómenos paranormales. Si acepta trabajar conmigo, tendrá que estar preparada para correr el riesgo.

En esos momentos caminábamos por una plaza pequeña y recoleta, rodeada de árboles. Me di cuenta de que, al caminar, el señor Gellis sufría una cojera casi inapreciable en la pierna izquierda. Hacía solo cuatro años que había terminado la Gran Guerra, y el joven estaba en mitad de la veintena. Durante toda mi edad adulta había vivido en un mundo de hombres con alguna herida de guerra; solo los mayores y los niños estaban completamente libres de ellas en el Londres de la época. Parecía que el hecho de ser de familia rica, encantador y algo excéntrico no había librado al señor Gellis de acudir al frente, como casi todos los demás. Interioricé ese hecho, con lo que mi opinión acerca de él mejoró sustancialmente. No le pregunté nada, por supuesto, era algo que no se hacía. Pero cuando torció el gesto por el indudable dolor dejó de parecer un joven de vida fácil y desahogada, que se permitía ciertas excentricidades. Su aspecto varió por completo.

Dejé de andar, y él también. Me quedé de pie, quieta donde estaba durante un buen rato, con las manos en los bolsillos y sintiendo oleadas de frío que me atravesaban el cuerpo, desde la cabeza hasta la boca del estómago. Seguro que los dos habíamos tenido que lidiar con muchas muertes a lo largo de nuestra corta existencia. Y lo que me estaba pidiendo era que me relacionara con una chica de verdad, con un suicidio de verdad y, posiblemente, con un fantasma de verdad.

—No creo que pueda hacerlo —dije.

Se volvió y me miró a la cara.

—Señorita Piper, no tenga miedo —me dijo con mucha suavidad.

—Si no se trata de un fraude, si es real, lo que me está pidiendo es que vea a... algo que está muerto. —Hasta con mis propios oídos pude notar que la voz me temblaba.

Elevó la mirada, apartándola de la mía. Nos rodeaba un conjunto de casas pequeñas, pero, sin duda, muy caras, con pequeños senderos que partían de verjas primorosamente pintadas de negro. El bullicio de la ciudad llegaba hasta allí muy atenuado. Las nubes parecían no querer desaparecer del todo, y se movían como una especie de techo oscuro que formara remolinos en el cielo. Las ramas de los árboles, muy mojadas, crujían agitadas por la brisa. En las cercanías un pájaro solitario trinó, solo una vez.

—He visto muchos fantasmas —dijo por fin el señor Gellis—. Resulta muy difícil de explicar. Nos dan miedo, y la mayor parte de ellos simplemente están... perdidos y, muy posiblemente, asustados.

Fijé una mirada perdida en las casas, sin verlas realmente. Mi padre y mi madre acudieron a mi mente. Me sentí mal, y además un tanto avergonzada por las ganas de llorar que me entraron. Parecía como si, de repente, fuera incapaz de controlar las emociones.

—Los muertos deben seguir así, muertos —dije, alejando el recuerdo de mis padres—. La muerte no es una diversión, ni un pasatiempo.

—Señorita Piper, míreme, por favor —dijo con voz cálida y más potente que hasta ese momento.

No tuve más remedio que reaccionar y mirarlo fijamente. Estaba de pie junto a mí, muy derecho, con las manos en los bolsillos y el pelo húmedo alborotado por la brisa. La chispa de humor en los ojos que había mostrado casi en todo momento en la cafetería había desaparecido por completo, y su gesto era serio, casi adusto.

—¿Acaso cree que no sé lo que es la muerte?

Pensé en su cojera y me sentí algo avergonzada.

—Estaré allí. No estará usted sola —continuó—. Trabajaremos en equipo. Sé que nos acabamos de conocer, pero es usted la persona adecuada para hacer esto. Sé que lo es. Y usted también lo sabe.

Faltó poco para que me echara a llorar. Ya no me acordaba de cuándo había sido la última vez que alguien me había hablado con respeto y con amabilidad. Había paseado por las calles de esa enorme ciudad sin que nadie se fijara en mí, ni tan siquiera me viera. Había ido saltando de trabajo en trabajo semanal, sin consolidarme en ninguno. No tenía amigos, ni parientes, ni hombres que quisieran tener relación conmigo. Quizá debería decir que no, negarme a algo que me parecía disparatado porque, además, parecía peligroso. Y, sin embargo, ahora que había conocido al señor Gellis y que había recibido su propuesta, y apreciado su insistencia, la idea de volver a mi cuarto de la pensión, de seguir con mi vida de hacía una hora, me resultaba insoportable. Quería estar donde él estuviera.

Pestañeeé para evitar las lágrimas y respiré hondo. Tendría que correr el riesgo, tal como me había dicho. Sí, lo haría.

—¿Cuándo empiezo? —pregunté.